

18 MESES DE CAUTIVERIO

18 MESES DE CAUTIVERIO

De Annual a Monte Arruit
(Crónica de un testigo)

EDUARDO PÉREZ ORTIZ

Edición de Jesús M. Sánchez

Leer y Viajar



INTERfolio

Clásico

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Lo que viene ahora –el lector interesado en el Desastre de Annual es sufrido por definición– es una justificación y dos observaciones.

La reedición de este libro se justifica por sí sola, pues a nadie debería extrañarle que se haya agotado la tirada que se imprimió hace cinco años del testimonio del teniente coronel Pérez Ortiz. Fueron mínimas las reseñas que se hicieron en su momento de la publicación de la obra, por lo que habrá que achacar el éxito editorial a la calidad del texto y a la consabida labor de recomendación (el boca a boca) entre los lectores interesados; no ya en temas militares sino, ricemos el rizo, en el tema del Desastre.

Imaginemos ahora que todo aquel regimiento de historiadores y aficionados que estaban cansados de ver citado el libro primigenio de 1923 y que ni siquiera sabían de que color tenía la cubierta, ya han conseguido su ejemplar de la primera edición de Interfolio ¿para quién irá ahora esta nueva edición? ¿no estaremos pecando de presuntuosos? Nada de eso, por el contrario, tendremos que admitir que este lustro ha visto nacer

INTRODUCCIÓN

una segunda línea de interesados entre los que, no sólo conocen y estudian la historia del ejército español en el Rif, sino que se han plantado allí recorriendo las posiciones y buscando vestigios. Cinco años de correos recibidos sobre el tema no nos dejarán mentir, y los medios han sido casi todos: en todoterreno la mayoría, en moto bastantes y hasta en bicicleta de montaña. En grupo los más y, en solitario, alguno; todos han llegado a la lápida del monolito bajo los eucaliptos de Annual para hacerse la foto con o sin autodisparador.

Por último, una de las pocas variantes de esta edición es la imagen de la nueva cubierta, tomada en enero de 1923 a bordo del buque *Sagunto* por el gran Alfonso Sánchez Portela. Un grupo de hombres estaba a punto de llegar a Melilla después de dos años de guerra y cautiverio, y a pesar de toda la muerte y toda la desolación, ese catálogo de aposturas nos dice que no todo está perdido. Ellos conseguían devolver sus huesos a la patria. Y yo recuerdo ahora la posición de Sidi-Dris plagada, aun hoy, de esquiras españolas, como dijo el poeta:

*«He escrito mucho, y confiadamente
con la sal de mis huesos, poesía...»*

Con la sal de los huesos de los que quedaron en el norte de África, y con los que consiguieron regresar, se sigue escribiendo la historia de España en el Rif.

Jesús M. Sánchez
Madrid, enero de 2016

DE UN VIAJE RIFEÑO

No sé muy bien porqué el texto que tiene en sus manos me creó la necesidad de viajar al escenario real del Desastre de Annual. Aun a sabiendas de que el paisaje no iba a mostrarme rastros importantes de aquel traumático hecho de la historia española, algo me empujó a conocer los campos de batalla y esperar que algo, aunque tan sólo fuera la atmósfera, me revelara un vestigio de aquella guerra.

El paisaje aparece inocente, más bien ignorante de que un día estuvo cubierto de cadáveres. No obstante, estimado lector, puede que le ayude conocer someramente alguno de los lugares que visité en el verano del 2006 empujado por una curiosidad histórica de la que ya conocemos algunas «víctima». Son muchas las personas que practicamos ya un nuevo turismo, uno que podríamos llamar, *turismo de escenario histórico*.

Ya veremos que cuando Pérez Ortiz en su prólogo busque argumentos respecto a lo previsible del Desastre, nos dice que para comprender las razones no basta más que comprobarlo sobre el terreno, pues ese no habrá variado.

Tiene razón hasta el punto que para hacerse una idea completa de como sucedió aquella tragedia debe conocerse in situ el escenario. Lo que viene a continuación es un recorrido a día de hoy por la zona del Desastre, y que puede hacerse en un solo día con la intención de conocer en el Rif aquellos lugares donde sucedieron los hechos. Los vestigios que se mantienen no son muchos, así que vamos a por ellos antes de que el tiempo los diluya.

La salida ideal sería desde Melilla, la antigua Rusadir fenicia y pasar a Marruecos por la promiscua frontera de Beni-Enzar. Quién la conoce lo sabe. La intención será atravesar Nador rodeando el Gurugú y tomar la nueva carretera N16 que bordea la costa y llega hasta Alhucemas, actualmente importante enclave turístico. Muy cerca de su bahía se produjo el cautiverio de aquellos militares españoles, pues los Beni Urriaguel mantenían su poblado a unos pocos kilómetros antes de llegar a la bahía, sin que quede en aquel lugar más secuela que el saber donde estaba enclavado.

Antes de llegar a la bahía de Alhucemas, podemos salirnos de la carretera y por el serpenteante camino que atraviesa el río Amekrán divisaremos unas lomas de tonos rojizos sobre las que estuvo enclavada la posición de Sidi-Dris. Con unas espectaculares vistas sobre el mar, aún quedan restos de la fortificación donde unas decenas de españoles sufrieron asedio y muerte sin que los intentos desesperados de rescate desde el mar tuvieran éxito. Aquí en Sidi-Dris, entre los restos de sus muros baleados y el empedrado que se conserva en algunos de sus pabellones, se pueden encontrar cientos de vainas de cartuchos, trozos de botellas y demás enseres y hasta restos óseos que salpican toda la posición. Son los restos del Desastre, de los que allí fueron enterrados durante el asedio y que se nos siguen apareciendo por

toda la posición en forma de esquiras blancas. Su último testimonio en esta solitaria atalaya donde se dejaron la vida.

Abandonamos la costa adentrándonos entre los arenales que rodean Monte Abarrán, esa primera ficha de dominó que cayó aquel verano de 1921, la primera victoria rifeña sobre las tropas españolas de la que nadie quiso sacar conclusiones. Al borde de la carretera de camino a Annual, podemos detenernos a la sombra de los eucaliptos que rodean el monumento que en caracteres árabes conmemora la victoria rifeña sobre los españoles, en el que se exageran las cifras, y unas pintadas rodean el azulejo con el símbolo rifeño independentista *amazigh*.

En unos pocos minutos, el paisaje se abre en un valle rodeado de montañas y se llega a Annual, cuyo nombre irá siempre unido al de la tragedia y que ahora se nos aparece con un prado ancho y bastante verde salpicado de casas de labor, lo que contrasta con el secarral que esperábamos encontrar pues eso fue lo que encontró el general Silvestre cuando decidió fatalmente plantarse allí con sus tropas.

A partir de ese momento el camino a recorrer será el mismo que aquellas tropas tomaron en su desesperado repliegue hacia Melilla tras los ataques rifeños, y pronto notamos que la carretera que sale de Annual va ganando altura para cruzar el paso del monte Izzumar. Cruzar este desfiladero da idea de lo que debió suponer para la abundante fuerza española pasar por aquí en desesperada huida. Evocaremos aquí el dramático testimonio que nos da Pérez Ortiz cuando contempla la lucha instintiva del hombre por salvar la vida. La actual carretera reproduce de manera casi exacta el antiguo camino de paso, por lo que ni siquiera se hace necesaria una composición de lugar.

Desde lo alto del Izzumar, aún podemos detenernos para intentar localizar en dirección oeste otra de las posiciones que fueron aniquiladas en los primeros días del Desastre, Igueriben, que mantuvo en este caso una resistencia heroica y ya legendaria. Salvo que se tenga un conocimiento previo de la zona, avisamos que resulta muy difícil distinguir donde se encontró enclavada Igueriben y la Loma de los Árboles.

El siguiente lugar a detenerse será Ben-Tieb, en la actualidad típico pueblo rifeño de casas de tres alturas surgido a ambos lados de la carretera que lo atraviesa y con una docena de calles perpendiculares a cada lado. A la posición aquí enclavada se vinieron a refugiar las tropas que sobrevivieron a Annual y al paso del Izzumar, con cuyas fuerzas se formó la llamada columna Navarro. Aquí empezaron a valorarse las pérdidas y surgieron las dudas iniciales sobre si se mantenía la resistencia o se continuaba la retirada.

Las mismas vacilaciones se plantearon en la siguiente posición donde las fuerzas se replegaron a Dar Drius, y en este caso sí es fácilmente identificable el lugar donde estaba establecido el poblado español, pues se encontraba en una explanada a las afueras de la actual población y que es donde esta celebra su mercado semanal.

Al poco de abandonar Dar Drius en dirección a Melilla cruzaremos el río Kert, y unos kilómetros después, pasando casi desapercibido, pues se mantiene seco la mayor parte del año, el río Igan, donde recordaremos que la columna Navarro, en su repliegue hacia Monte Arruit sufrió numerosas bajas, y estas hubieran sido mayores si en la retirada no hubiera sido cubierta por el regimiento de caballería de Alcántara. En esta llanura abandonada hasta por los árboles, tuvieron lugar las míticas «cargas al paso» de Alcántara, hasta la extenuación de caba-

llos y caballeros y cuyo comportamiento salvó el repliegue de la columna a costa de la práctica desaparición del regimiento bajo las balas rifeñas.

Antes de llegar a la populosa población de Monte Arruit, pasaremos aún por El Batel, donde terminaba la línea de ferrocarril que empezaba en Melilla. Ni rastro queda ya de todo aquello. Tampoco recuerda mucho el Monte Arruit actual, localidad que tiene hasta aeropuerto, a aquella posición militar situada –curiosamente– en un llano. La población que vemos ahora se ha extendido sobre las ruinas del antiguo campamento, la mayor parte del cual está hoy ocupado por un populoso mercado al aire libre. Bordeando este, aún se mantienen en pie, del antiguo campamento, unos muros con arcos de herradura que han sido aprovechados como paredes de carga para hacer unas pequeñas viviendas. Algo más alejado se conserva parte de la antigua aguada junto a un manantial y los restos de un depósito de mampostería.

El resto del camino hasta llegar de nuevo a Nador transcurre solitario. A ambos lados se construyen mansiones los nuevos enriquecidos con el comercio propio de la zona. Desde la carretera entre Nador y Melilla ya se ve la Mar Chica... y se intuye España.

UN MILITAR DE ENTRESIGLOS

Aquel octubre de 1954 en que moría en Melilla D. Eduardo Pérez Ortiz, pocos reconocerían en él, además de su familia, al sacrificado militar que asistió al Desastre de 1921 y al cautivo de los independentistas rifeños.

Pero su participación en política, sus responsabilidades municipales -entre las que llegaría a ostentar la alcaldía de Ceuta- y su abandono de toda actividad pública después de la Guerra Civil, no habían conseguido hacer olvidar a aquel anciano al borde de los 90 años.

Burgalés de Miranda de Ebro (1865), su carrera militar recuerda tantas otras biografías de entresiglos: desde su ingreso como trompeta en 1884 hasta su jubilación en 1929 como coronel. Participa en las campañas de Cuba y Puerto Rico, y tras la pérdida de las colonias en 1898 vuelve a la península donde se le destina al frente norteafricano, tomando partido en la llamada Guerra del Kert de 1911. Era la primera toma de contacto del militar con aquel terreno que tanto vendría a significar en su vida.

Habría que decir ahora que en todos los destinos fue labrando su fama de hombre pundonoroso y honrado, insobornable y sincero. Y que, junto a esta faceta de militar de primera línea, desarrolla cierta actividad en las letras, pues, además de dos obras de temática militar, publica artículos en diarios madrileños y melillenses, a veces bajo el seudónimo al que lo obligaba su condición militar.

Teniendo en cuenta esta manera de ser, no es difícil imaginar que todas aquellas mentiras oídas y todas las verdades silenciadas tras el Desastre de Annual, lo empujaron a dar su versión de lo que de primerísima mano conocía. Este libro es el producto de ese compromiso con su conciencia.

Cuando abandona la vida militar por jubilación en 1929, y ya viviendo en Ceuta, su interés por mejorar las condiciones de vida en la ciudad le llevan a integrarse en la Conjunción Republicano-Socialista y es candidato municipal en las elecciones de 1931.

Siendo el segundo en número de votos, es nombrado alcalde durante unos meses, pues dimite el 22 de enero de 1922 en medio de tensiones e intereses partidistas que no debieron ser más que fuente de sinsabores para un hombre de la generosidad de Pérez Ortiz.

Pero tampoco sería este el peor de los sufrimientos para nuestro hombre, pues durante la Guerra Civil, y ya de vuelta en Melilla, su querido hijo Eduardo, aquel del que leeremos que fue a recogerlo a Axdir tras su cautiverio, es detenido y fusilado en el campo de concentración de Tetuán en abril de 1937. Y también por aquellos años debe asistir a la depuración política de su yerno, Miguel Vila Calzada, al que estaba muy unido, como veremos.

Recordaremos aquí que después de las penalidades sufridas en el cautiverio de Axdir, recibe Pérez Ortiz la Medalla de Sufrimientos por la Patria. Probablemente nadie le dijo que debía seguir ganandosela después de prendida en el pecho.

LA CRÓNICA DE UN DESASTRE

A día de hoy se puede decir que esta narración resulta muy necesaria si queremos conocer de primera mano las circunstancias del Desastre militar de aquel verano de 1921 en el Rif, y es imprescindible si lo que queremos es conocer el cautiverio de aquel grupo de españoles a los que Abd-el-Krim trató como botín de guerra y objeto de chantaje. Pero el motivo último para sacar el relato a la luz veremos que lo cuenta Pérez Ortiz en su prefacio. Y se revela como una auténtica declaración de intenciones.

Constituyen ambas circunstancias (Desastre y cautiverio) dos ámbitos muy distintos, pues si al primero lo determina la actividad física sin tregua y hasta el agotamiento, la segunda parte de la narración nos destaca el acabamiento moral de aquellos hombres que se sienten abandonados de todos y a los que las pocas noticias que le llegan de la Patria por la que han luchado son en muchos casos desalentadoras.

A ambos periodos dedica el autor casi idéntico espacio en su libro, y siempre describe con sencillez la realidad de los acontecimientos. El ritmo de la narración cambia bastante de uno a otro, como veremos, y es en la segunda parte cuando las valoraciones personales de la situación se hacen frecuentes. A pesar del sacrificio físico permanente y del maltrato psíquico al que están sometidos, Pérez Ortiz no pierde en ningún momento el sentido de la realidad de los hechos. No se deja llevar por primeras impresiones ni cae en exageraciones: desgraciadamente no son necesarias. Por el contrario, podemos tener a veces la impresión de que procura minimizar el grado de la tragedia, lo que vendría a ser una forma de protección del ánimo propio.

Si ya hemos destacado la sinceridad de que se hace gala durante todo el relato, habría que decir también en honor a la verdad que hay varias ocasiones -muy pocas- en las que sí hay que leer entre líneas. Intuiremos así que las relaciones entre el teniente coronel Pérez Ortiz y el general Navarro no siempre fueron buenas, y en ocasiones muy malas. Pero hasta en esto cuesta sacarle un reproche a nuestro hombre, fiel al militar al que debe obediencia.

Por otra parte, y aunque a priori pueda parecer lo contrario, no todo es tragedia en este libro. Aun en medio del sufrimiento, hay ocasiones en las que el autor sabe utilizar la fina ironía y hasta el humor. Muy esclarecedores son los comentarios que hace Pérez

Ortiz de aquel remedo de Estado que fue la República del Rif. Debe tenerse en cuenta que cuando se escribieron estas páginas no estaba en boga lo que ha venido a llamarse «corrección política», afortunadamente para nosotros, deberíamos decir. De esa forma, no creo que se nos pueda tachar de exagerados si decimos que la realidad que nuestro militar nos describe no participa de ese mito del buen moro o moro amigo, tan del gusto de cierta literatura que entonces y ahora se ocupan de la presencia de España en el Rif. Pero no adelantemos acontecimientos.

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

Como no podía ser de otro modo, en todos los sentidos se ha procurado respetar la única edición existente del libro.

Hay que tener en cuenta que si Eduardo Pérez Ortiz es liberado en enero de 1923, esta obra se da a la imprenta sólo unos meses después. Y hay dos motivos para que esto ocurra tan rápidamente. Por una parte, el autor había estado tomando notas de su odisea durante todo el cautiverio, lo que supondría un trabajo adelantado, y aún más cuando las notas de los últimos días antes de la liberación se limita a transcribirlas literalmente. Por otra parte, cabe suponer que en su interés de editar estas páginas se viera apoyado por su yerno Miguel Vila Calzada, propietario de la editorial melillense Artes Gráficas Postal Express, que es la que se encarga de la impresión.

Nos parecía tan importante la reedición de esta obra como la concibió su autor que hemos querido mantenerla tal y como vio la luz en Melilla, su única edición. Quiere esto decir que no sólo ha sido fiel este libro a la letra de la edición original, sino

que no hemos querido añadir notas aclaratorias, que, por otra parte, tan innecesarias las hace el propio autor.

Hemos procurado incluso mantener la puntuación original, aun a riesgo de plagar los párrafos de comas, como era usual en la época, y se respetan igualmente los entrecorillados y las cursivas, así como los nombres propios que usa el autor referidos a personas o topónimos del Rif, incluso cuando no coincidan con los que más tarde han venido siendo de uso mayoritario. Mantendremos así, por ejemplo, Aydir por Axdir cuando nos referimos al poblado donde sufren cautiverio.

Se puede decir por tanto que sólo se ha modificado lo que hemos considerado que ya en la primera edición del texto se pudo tratar de errores tipográficos, pero que la inexistencia de una reedición impidió su corrección.

AGRADECIMIENTOS

Desde Melilla, Juan Díez Sánchez, de la Asociación de Estudios Melillenses, nos alentó desde el principio en la idea de esta reedición y ayudó especialmente a conocer más datos de la biografía de nuestro autor. Él mismo los tiene parcialmente publicados en el suplemento dominical de *El Telegrama de Melilla*, de los domingos 22 y 29 de enero de 2006.

Desde Ceuta, Francisco Sánchez Montoya, autor del libro *Ceuta y el Norte de África: república, guerra y represión*, al que agradecemos los datos facilitados respecto a la biografía de Pérez Ortiz en su etapa ceutí.

En Madrid, visitamos en varias ocasiones el Instituto de Historia y Cultura Militar y contamos con la ayuda de María

Pilar Cabezón, responsable del departamento de Reprografía. Allí visionamos cientos de fotos con el fin de que alguna de ellas ilustrara este volumen.

Agradecimiento también a los editores de Interfolio por esta prometedora colección de tan amplio espectro y en la que, de manera excelente en el presente texto, encaja su *slogan* principal: «Los testimonios de quienes han estado allí». En el caso de esta publicación, además, demuestran que, por encima de cualquier otro interés, valoran la necesidad de que un libro como este, clásico ya entre las publicaciones relacionadas con el Desastre, pueble de nuevo los estantes de las librerías.

Por último, me permitiré comentar la circunstancia personal que acaba en este libro. La primera vez que entré a fondo en la terrible historia del Ejército español aquel verano de 1921, la oí a pleno pulmón en el patio del Regimiento de Caballería Alcántara 10 en Melilla. Allí, tres o cuatro cientos de uniformados escuchábamos en formación el relato vibrante del coronel D. Alfredo García-Prieto Hueto, que nos relataba los hechos.

Era un 25 de julio, día de Santiago Apóstol, y a muchos nos impresionó la historia de aquellos españoles que, llegados de todos los puntos del país, se dejaron la vida en las llanuras rifeñas. A la memoria de todos ellos va dedicada la reedición de este libro.

Jesús M. Sánchez
Madrid, enero de 2010

EL MUNDO EN 1921

Enero.– El Gobierno de España establece el seguro obrero obligatorio para todos los trabajadores.

–Las mujeres obtienen, en Suecia, el derecho a votar.

Febrero.– En Madrid se produce la reapertura de las Cortes españolas tras el cambio de Gobierno.

–Charles Chaplin estrena su película El chico.

–En Irlanda estalla la guerra contra el ejército británico.

Junio.– El día 25, en el aeródromo de Getafe (Madrid), emprende el vuelo por primera vez el autogiro La Cierva.

–Con motivo del séptimo centenario de la catedral de Burgos son trasladados los restos del Cid, doña Jimena y San Fernando.

–Ortega y Gasset publica España invertebrada.

–Fracasa el primer intento de ascenso al monte Everest que acaba en tragedia.

Agosto.– En La Haya (Países Bajos) se celebra el Congreso Internacional sobre los Derechos del Hombre.

–Nace Fernando Fernán Gómez, escritor, actor y cineasta español.

–Vicente Blasco Ibáñez publica su obra Los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Octubre.– Se inicia en Estados Unidos el segundo proceso del caso de los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

–Frederick Banting y Charles Best consiguen insulina para el tratamiento de la diabetes.

Noviembre.– El príncipe Hirohito se hace cargo de la regencia del Japón.

–En España, la fusión de los grupos escindidos del PSOE, Partido Comunista Español y Partido Comunista Obrero Español da lugar a la creación del Partido Comunista de España.

Diciembre.– Albert Einstein recibe el premio Nobel de física.

–Irlanda se independiza de Inglaterra.

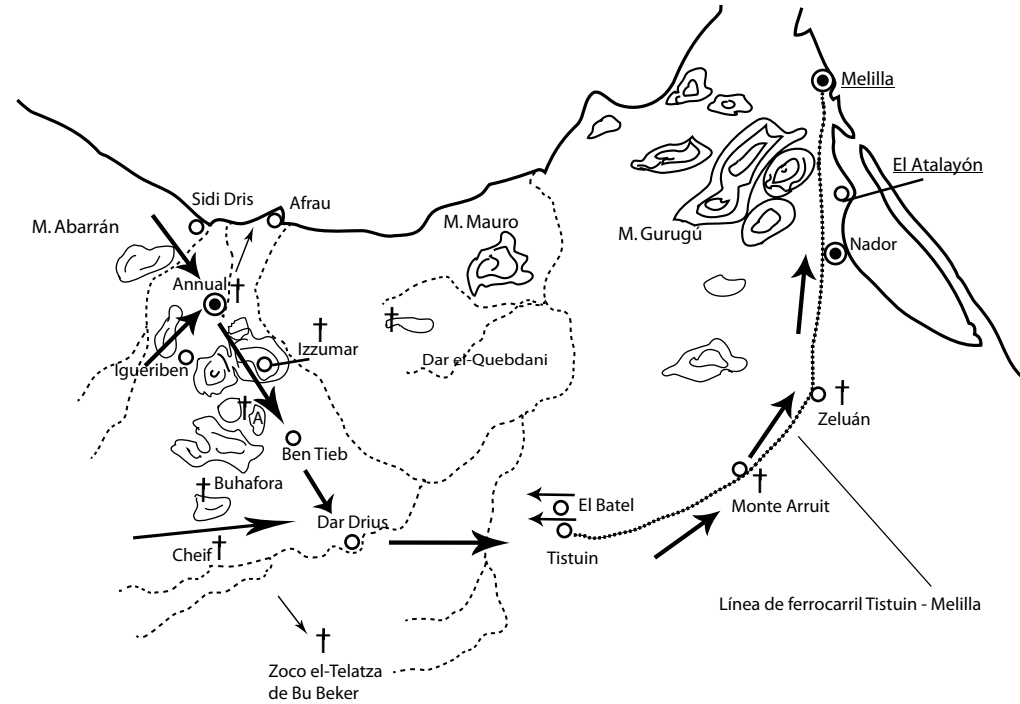
FOTOGRAFÍAS INÉDITAS

TOMADAS POR LAS TROPAS ESPAÑOLAS
TRAS LA RECONQUISTA
DE LAS POSICIONES RIFEÑAS A FINALES DE 1921

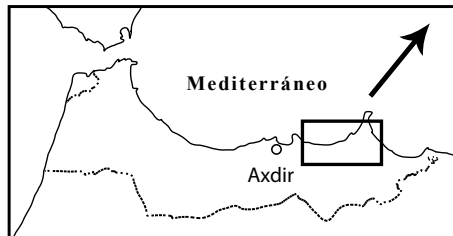




Mediterráneo



MAPA DE SITUACIÓN



- † Masacres de tropas españolas
- ← Contraataques escuadrones de caballería de Alcantara.
- Retirada de las tropas españolas

Melilla - El Atalayón: poblaciones que no llegaron a caer en manos enemigas



De izquierda a derecha, los militares, Coronel Araujo, General Navarro, Tte. Coronel Manuel López Gómez, Tte. Coronel Eduardo Pérez Ortiz, Comandante de Caballería José Gómez Zaragoza, embarcados de vuelta a Melilla tras poner fin a su cautiverio

Escribí esta crónica para darla a la publicidad. La idea de hacerlo así me nació durante mi largo cautiverio, dolido del abandono y desatenciones de unos, de la falta de caridad, de la odiosa calumnia, de las sangrientas burlas de otros.

He padecido sed de justicia y he sufrido resignado la ofensa y la ingratitud, esperando mejores tiempos, confiado a la Providencia.

No puedo tolerar el engaño ni los inmerecidos privilegios. En esto soy rebelde y lo seré siempre.

La mentira, la más infame violación del orden moral, no puede prevalecer jamás ni argumentarse como necesidad de patriotismo.

El callar es también un delito en los códigos cuando por hacerlo se otorga veracidad a lo que es falso y se pretende presentar como cierto. No; que no se escriba así la historia, que no se diga esto irónicamente.

Confieso que esta crónica encierra toda mi venganza; no consentir que a nadie se engañe. Es mi objeto en ella corregir versiones más o menos tendenciosas; que se sepa de una vez lo ocurrido, por ser su conocimiento muy conveniente al juicio

que de los sucesos se viene haciendo; que se desvanezcan las invenciones fantásticas para que nadie presente la pasada situación de modo distinto a la realidad; que las cosas queden en su lugar.

Sucedió todo como lo digo y no fue de otra manera.

El testigo que se atreviera a decir lo contrario de lo que yo expongo, faltaría a la verdad, y habría entonces de sospecharse que lo haría con su cuenta y razón.

Refiero únicamente lo que he visto y, en algunas ocasiones, lo que se me ha dicho y luego he comprobado escrupulosamente, y si reflejo opiniones no las comento, como ha de verse durante la lectura de mi hilvanada crónica.

Yo no puedo ni sabría en conciencia culpar a nadie, porque ignoro para ello muchas cosas, acaso secretas.

Sé únicamente que yo no soy responsable del desastre, pues, para evitarlo, he hecho esfuerzos casi sobrehumanos; no podía exigírseme tanto. Sospecho también que de él tampoco son reos algunos de los que se vienen condenando, aunque lo sean de otro delito conexo.

Para que yo señalase a los responsables del vergonzoso derrumbamiento necesitaría se me contestase a muchas preguntas.

¿Por qué se ocuparon Annual, Sidi-Dris, Igueriben y Abarrán estando vendidas con un largo desfiladero a retaguardia, desfiladero que era la única vía de comunicación? ¿Se había pensado en la difícil situación de estas y otras posiciones? ¿Hubo imprudencia en la acción política por no apoyarla debidamente la militar, o en ésta por desacierto en la anterior? ¿Se tenía noticia, y quién la tenía, si así era, del probable levantamiento del territorio? Caso de resistirse aisladas todas las posiciones, ¿se las hubiera podido siquiera abastecer o, simple-

mente, mantener en comunicación con la plaza? ¿Cuál hubiera sido la línea de resistencia en caso de retirada? ¿Melilla? ¿Qué organización era la nuestra que en diez y nueve días –del 21 de julio al 9 de agosto– y sin poder estorbar al enemigo el desembarco, no pudo saltar a la Restinga una columna y recorrer 25 kilómetros de terreno llano para auxiliar a los sitiadores de Monte-Arruit? ¿Es verdad que se contaba con hombres y no con soldados? ¿Tan mala era la instrucción y tan escaso e incompleto el material que estos miles de hombres no estaban en condiciones de arrollar en un llano al inferior número de enemigos y con menos elementos? ¿No había en España más que dos aeroplanos? ¿Por qué en lugar del ridículo envío de paquetes no arrojaron bombas en Monte-Arruit? ¿Se sabía en Melilla cuando se recomendó la capitulación de esta posición el resultado de lo pactado en Zeluán? ¿Quién consintió las imprudencias, si es que las hubo, y quién el abandono de toda previsión? Cuando estas preguntas y muchas más se hayan contestado podrá juzgarse en justicia.

Mientras tanto, como vía de información para la mayoría de los casos, tienen los jueces un testigo que no miente: el terreno.

Véase el camino de Bentieb a Annual, la situación de Abarrán, la zona que desde la Restinga a Monte-Arruit había de atravesarse; no ha variado. Allí está el mudo testigo de desaciertos y de cobardías o impotencias.

No es paradoja. Su silencio vence toda elocuencia y argumentación en contrario.

I

LOS CONVOYES A IGUERIBEN

Hallábame el 18 de julio en el campamento de Dar-Drius, cuando recibí un telefonema en el que se me ordenaba desde Comandancia que al día siguiente, 19, saliera al mando de una columna, compuesta de cinco compañías de fusiles del Regimiento de San Fernando; otra y una sección de ametralladoras del mismo cuerpo; parte del tren regimental del expresado y una batería de montaña, en dirección a Izumar, donde debía encontrarme a las catorce y esperar órdenes.

Como aquel mismo día había la columna regresado de las inmediaciones de la posición A, a la que se acercó como fuerza de observación con motivo de haberse intentado hacer un convoy a Igueriben, presumí desde luego que mi operación terminaría regresando por la tarde a nuestro habitual campamento, y, en consecuencia, salimos de este a las 8'30 y a la ligera, puesto que el itinerario suponía en total un recorrido de 28 kilómetros, marcha que, aun sin otra operación, resul-

taba penosa por efectuarse en pleno estío y siempre escalando alturas.

Hasta Bentieb, el camino abierto trabajosamente para terminar en Annual y dar difícilmente paso a los autocamiones es llano, pero a partir de esta primera posición que, sin casi detenernos cruzamos, va constantemente ascendiendo y, como no ha saltado la más pequeña brisa, empieza la tropa a beber de sus dobles cantimploras con la prudencia que le da el saber no ha de encontrar agua hasta el final de la jornada y que la ración no ha de ser mucha.

A las cuatro horas de marcha encontramos al parque móvil que vuelve de llevar a Annual municiones de artillería. Un carro se halla atascado en el desfiladero y aprovecho el obligado alto para que la columna se concentre y descanse breves momentos.

He oído el cañón hacia Izumar, y como veo fuerza de Regulares con misión de proteger al parque, apenas puede pasar mi artillería, emprendemos de nuevo la marcha.

El calor es asfixiante, pero la gente de a pie, muy entrenada y hecha a estas fatigas, sigue animosamente la marcha y a las 12,30 llegamos sin novedad alguna al pico en que se halla enclavada la posición Izumar. De ello doy cuenta al coronel Manella, jefe entonces de la circunscripción.

Desde Izumar, pequeña posición situada a cuatro kilómetros del campamento de Annual, dominando esta y sus contornos con elevada cota –acaso más de 250 metros de diferencia– puedo, con ayuda de mis prismáticos, darme cuenta de que otra columna, ya desplegada, avanza hacia Igueriben, si bien me parece recibir la impresión de que encuentra en ello serias dificultades. Así debe de ser por cuanto al poco tiempo se me ordena dejar en Izumar una compañía como refuerzo –queda

entonces esta posición con dos compañías y dos piezas— y bajar a Annual desenfilado de las vistas del enemigo, aprovechando un atajo pedregoso malísimo para las cargas y el ganado.

Finalmente, a las 14, ya concentrada mi columna en una hondonada, a las inmediaciones del río me pongo a las órdenes del coronel Manella.

Este brillante jefe se encuentra en aquel momento junto a una batería emplazada en una pequeña meseta. El fuego del cañón y el movimiento de avance se hallan suspendidos y estudia las probabilidades de reanudarlos con éxito; mas la resistencia que el enemigo opone debe de ser tenaz y se precisan más fuerzas para vencerla. Me mira y parece dudar un momento; después me interroga: «Francamente, ¿está su columna en disposición de combatir inmediatamente?». «Mi coronel —le respondo— convendría darle antes agua y algún descanso; pero si esto no puede ser, hará un esfuerzo. Le sobra entusiasmo y todos cumplirán.» «Entonces mándeme aquí dos compañías, y usted, con el resto de la fuerza, ocupe aquella loma y emplace en ella la batería. Va usted a reforzar el flanco izquierdo.» Y rápidamente me explica el objetivo de la operación y la situación de nuestras tropas.

El comandante González Muncé marcha con las compañías solicitadas, y yo avanzo con la columna para tomar posiciones.

Al ocupar la loma encuentra la artillería excelente emplazamiento y la necesaria protección. Algo avanzadas, a su izquierda, hallamos cuatro ametralladoras de Ceriñola, que ya lleva allí algún tiempo haciendo fuego. Al frente, como a 2.000 metros, se mueven fuerzas de Regulares.

Señalado el objetivo —unas alturas al norte de Igueriben— empieza nuestra artillería a disparar y bien pronto lo hace con

eficacia; mas apenas ha hecho veinte disparos, cuando observo que nuestro flanco izquierdo, constituido por fuerzas del regimiento de África, inicia una rápida retirada por escalones descendiendo de unas elevadas crestas de las que nos separa el río Annual, que allí corre por hondo y largo barranco. Ignoro quién ha dado la orden para esta retirada, y me admiro de ella por cuanto mi tropa no ha disparado todavía un tiro, ni siquiera ha desplegado en guerrilla, pero presumo que se hace como consecuencia de retroceder los Regulares.

En aquel momento el comandante de la compañía de ametralladoras de Ceriñola me advierte haber consumido las municiones y al mismo tiempo se me ordena retire urgentemente la batería, pues los Regulares se vienen encima. Entonces la sustituyo con las máquinas de la columna, estimando que las seis de que dispongo me bastan para batir el frente del barranco de la izquierda y que las dos compañías de infantería harán mejor papel en más cortas distancias. La batería y las ametralladoras de Ceriñola son enviadas al campamento.

Una compañía de fusiles queda establecida en unos muros a 250 metros a retaguardia de la línea de fuego y tiene la misión de vigilar el barranco desde un recodo del río y sostenerse allí mientras yo no ordene otra cosa. La otra compañía con la que me encuentro protegerá, situada a cubierto y ya desplegada, el repliegue de las ametralladoras que hace rato han abierto un fuego moderado.

Mientras tanto, los Regulares, que ya están a nuestra altura por la derecha, siguen su movimiento de retroceso y nos descubren este flanco por el que avanza el enemigo. El capitán Gil Cabrera, que manda la línea de máquinas, me advierte de la situación y, a pie, como me encuentro, retrocedo hasta los Regulares a quienes sus oficiales quieren contener sin conseguirlo.